Letras Hispanas
Volume 10.2, Fall 2014

Título: *Regreso a* La isla y los demonios *de Carmen Laforet*
Autor: Francisco J. Quevedo
Editorial: Aduana Vieja Editorial, 2012
Autor de la reseña: José Ismael Gutiérrez, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Hay veces en que una obra, por la repercusión alcanzada en un momento dado, marca de tal modo el destino de un escritor que esta llega a eclipsar el resto de su producción literaria. Es lo que en parte ha sucedido con la emblemática novela de Carmen Laforet *Nada* (1945), considerada, junto con *La familia de Pascual Duarte* (1942) de Camino José Cela, iniciadora del realismo existencial en la década del cuarenta en España. El presente estudio de Francisco J. Quevedo, sin minimizar la significación atribuida a esta primera narración de la autora barcelonesa, intenta soltar el pesado lastre que ha impedido que se valorice en su justa medida el conjunto de su obra narrativa, centrando en este caso su atención en *La isla y los demonios* (1952), la segunda novela publicada por Laforet. Como señala el autor del trabajo al principio de la "Introducción," *Regreso a* La isla y los demonios *de Carmen Laforet* profundiza en dos de los vectores que planean sobre este otro texto novelesco; a saber, las numerosas expectativas que críticos y lectores habían depositado en la escritora después de su exitoso debut literario, y el retorno en brazos de la ficción a la geografía de su niñez: Gran Canaria. Con *La isla y los demonios* Laforet salda así una cuenta que tenía pendiente: la recuperación de unos colores, de un ritmo de vida, de un espacio y de unas gentes de los que se había despedido trece años atrás cuando marchara rumbo a Barcelona para ampliar sus estudios. Y, por otro lado, quiso demostrarse a sí misma y a los que tanto elogiaron las posibilidades de *Nada*, ganadora del prestigioso "Premio Nadal" un año antes, que era capaz de escribir otro libro que no desmereciese en calidad literaria al precedente.

Es habitual que los entornos de la infancia, por muy traumáticos que estos hayan sido, dejen su impronta en la sensibilidad del ser humano, llegando a determinar la idiosincrasia del sujeto adulto. En el terreno literario son incontables las obras que se han articulado con esos mimbres vivenciales, aunque la imaginación los haya trastocado y focalizado de distintas maneras, ya sea atisbándolos como un trance infernal, ya sea como un paraíso perdido.

La isla y los demonios, al igual que otros libros de Laforet, tiene más de un basamento autobiográfico, sin duda, si bien en esencia se trata de una ficción. Nacida en el noroeste de la Península Ibérica, durante los primeros años y la adolescencia la vida de la escritora transcurre en la isla de Gran Canaria a la que se había trasladado su familia, esa "tierra seca, de ásperos riscos y suaves rincones llenos de flor y largos barrancos siempre batidos por el viento," como la describe ella misma. A este enclave en el que balbuceó las primeras palabras seguirán uniéndola hasta el final de sus días lazos afectivos indisolubles; sin embargo, después de 1939 sólo regresará a ese rincón querido de la memoria durante una

ISSN: 1548-5633

corta temporada de dos semanas con el fin de encontrar la tranquilidad y la inspiración deseadas para culminar la novela que llevaba largo tiempo gestando. Así pues, al volver la mirada a la realidad isleña tras más de una década sin tenerla cerca, al reanudar el contacto con viejas amistades, o con uno de sus hermanos que seguía viviendo allí, además de con los ambientes en los que creciera, la autora recibe el aliento definitivo que su proyecto literario requería.

Laforet parece sentir inclinación hacia aquellos relatos que reviven el período de la pubertad, crucial para la mayoría de los seres humanos. Pese a que este tipo de literatura puede incurrir en ocasiones en la excesiva complacencia, la novelista, sin embargo, opta por un camino diferente. En vez de representar a la protagonista como alguien que vive feliz instalado en un limbo de inocencia, la muestra relacionándose conflictivamente con sus semejantes, siempre con los sentidos a flor de piel. En lugar de idealizar ese espacio de los días irrecuperables bañado por la luz, el mar, la calma y la dicha plena, la autora convoca, a través de las pasiones humanas que se entreveran alrededor de Marta Camino (nombre del personaje principal), cuyo despertar a la vida adulta se nos cuenta con detalle, lo que Laforet denomina los "demonios," pues la trama ‑recordemos‑ gira en torno a las tensiones personales y familiares surgidas entre los parientes de la protagonista. En este sentido, la obra guarda un inequívoco parentesco con su creación anterior, también ambientada en un clima similar de opresión y desasosiego, igualmente con tintes autobiográficos, pero con una acción que se desarrolla en otro emplazamiento: Cataluña. Por el término "demonios" hay que entender no esos miedos que acechan a todo escritor, sobre todo al escritor novel e inexperimentado, sino los inevitables y en ocasiones dolorosos choques con la mezquindad y las bajezas humanas. Son estos sinsabores los que abrirán los ojos de la joven Marta a la desnuda verdad del mundo, forzándola a tomar decisiones que darán un giro radical a su itinerario futuro (como es el caso de su huida de la isla). No obstante, en *La isla y los demonios* no todo lo representado produce malestar, pues en la misma novela se homenajea también a una naturaleza contundente, saturada de rasgos embellecedores; se perfila un paisaje insular de gran fuerza telúrica, geográficamente alejado de los escenarios principales en los que transcurría en esos momentos la contienda bélica, cuyos ecos resuenan en la distancia. Se mencionan las costumbres canarias, los mitos, las leyendas, el modo de hablar típico de los isleños, la música y la gastronomía, pero, claro está, a la vez que se solaza en ir retratando las bondades del medio grancanario, el texto implementa paralelamente una historia perturbadora suscitada por la incomprensión, el aislamiento y el desengaño reinantes, que hacen de esa muchacha inquieta y poco amiga de los convencionalismos sociales un sujeto espiritualmente huérfano, solitario, doblemente a-islado, alguien que se siente extraño en medio de las rencillas y envidias que pululan a su alrededor. Por consiguiente, en la obra prevalece una doble perspectiva –por un lado, una idealizante y emotiva y, por otro, una visión desmitificadora y realista–, y desde esta doble aproximación es cómo se configura todo el universo narrativo.

Quevedo hace referencia a cada una de estas singularidades en su trabajo, que él divide en tres partes independientes pero temáticamente imbricadas entre sí: "Un libro *obligado*," "Adiós a la isla" y –la más extensa de todas– "El regreso literario." En la primera se explica el sentido que tuvo este *Bildungsroman* (la novela se inscribe dentro de esta categoría) tanto para la propia autora, presionada a demostrar que los méritos narrativos de *Nada* no eran casuales, como para el lector contemporáneo de los años previos a la publicación de *La isla*, o de los inmediatamente posteriores a la fecha en que este texto ve la luz. Se justifica el mutismo autorial de siete años por la pérdida de esa libertad de la que goza todo/a escritor/a primerizo/a antes de abandonar su anonimato, unida a la asunción de responsabilidades familiares (pensemos que entre 1946 y 1950 Laforet contrae matrimonio con Manuel Cerezales y durante ese paréntesis nacerían tres de sus cinco hijos).

La aparición de la segunda y esperada novela de la escritora levantó reacciones

contrapuestas en un panorama nacional que todavía miraba con suspicacia la literatura femenina: mientras unos (como Ramón J. Sender) ensalzaron las excelencias de una prosa con la que la novelista llegaba por fin a su madurez, otros menos condescendientes en sus dictámenes confesaron haberse sentido defraudados, sin acertar muy bien a precisar en qué estribaba dicha decepción.

Junto a las circunstancias que acompañaron la irrupción de *La isla y los demonios* en el mapa literario de la posguerra española, un periodo en que el número de mujeres que escribía era significativamente inferior al de los hombres, la segunda parte del estudio de Quevedo examina los elementos que anexan los espacios en los que se desenvuelve la acción novelesca principal y la biografía de la escritora, antes y después de su partida hacia la Ciudad Condal, entonces devastada por una guerra entre iguales. Sabemos que Laforet viajó a Barcelona en parte para cursar estudios universitarios y en parte para respirar mejor a sus anchas. Y lo hizo asumiendo una actitud ambivalente: en su mente se entremezclan la mirada nostálgica por lo que dejó detrás y el entusiasmo propio de quien emprende una aventura nueva de desenlace imprevisible. La futura escritora, consciente de que se trata de un viaje decisivo, intenta adaptarse a los nuevos lugares de residencia. Estudia, se refugia en la página en blanco, vive interior y externamente. Más tarde, ya establecida allí, adopta el papel de esposa y de madre, sin dejar de escribir, aunque con menos intensidad. Su resistencia a retornar a los emplazamientos de la infancia puede justificarse no tanto por un sentimiento de desapego hacia el lar en el que vivió entre los dos y los dieciocho años como por un comprensible temor de que, al confrontar las huellas soñadas del pasado con la realidad actual de esa tierra, la belleza de sus recuerdos pudiese desvanecerse. En esta sección de su ensayo es en la que el investigador proporciona un dato revelador: si bien *Nada* es la primera obra que publica la autora, *La isla y sus demonios* ya existía en un estado larval, embrionario en el momento en que zarpa para la Península, sólo que el impacto del drama posbélico que se vivía en suelo barcelonés fue tan sobrecogedor desde el punto de visto humano y anímico para la joven novelista que esta hubo de postergar la puesta en marcha de ese proyecto literario incipiente en beneficio de otro inmediato que reflejara mejor sus experiencias fuera del enclave familiar.

Por último, con no menor exhaustividad, el tercer capítulo de este estudio analiza las propiedades naturales y culturales que delinean la fisonomía de la isla en relación con el variopinto grupo de personajes ‑encabezado por Marta Camino‑ que se congrega allí. A esta galería pertenecen su madre enferma, los parientes que llegan de la Península huyendo de los estragos de la guerra; José, su hermanastro; Pino, la esposa de este; Vicenta, la asistenta majorera, o Pablo, el pintor. Sin los fragmentos descriptivos que salpican de pintoresquismo la narración (el sol, el mar, las arenas desérticas del sur, el vulcanismo, el folclore, etc.) no se entendería por completo la personalidad de cada una de estas entidades ficticias. Destacan a este propósito las interpolaciones –alusiones históricas incluidas– de las que se vale la narradora para dar a conocer al lector modelo al que va destinado el texto ‑que no es otro que el público español peninsular‑ las características de un escenario sobre el que todavía en los años cincuenta pesaba una gran desinformación en el exterior.

Regreso a La isla y los demonios *de Carmen Laforet* interesa, en primer lugar, porque se trata de un ameno ejercicio de *close reading* que ahonda en los entresijos de una novela específica cuya importancia ha quedado ensombrecida por la obra que catapultó a la autora a la fama, *Nada*. En segundo lugar, al concentrarse en el análisis minucioso, detenido de diferentes fragmentos textuales, este estudio disecciona un universo físico y emocional vulnerable construido con una argamasa real, pero cincelada con el escalpelo de la fantasía, los contornos de un hábitat paisajístico e ideoestético marcado por determinadas especificidades con las que la escritora estaba más que familiarizada. Del modo en que los personajes interactúan con ese entorno, o lo perciben y lo sienten y lo hacen suyo, o de la forma en que se aproximan o se

distancian de él, emergen las mejores páginas de la novela. Hay que destacar que Quevedo, en este ejercicio de hermenéutica textual, opera como un intérprete que exhibe una indisimulada vocación pictórica, sobre todo en aquellos pasajes en los que la seducción por el desbordamiento naturalista aproxima sus atinadas aseveraciones especulativas a lo que hoy en día se denomina "ecocrítica." Este enfoque hace que el crítico canario fortalezca los vínculos entre los rasgos psicológicos de los "actores" de la novela y el medio geográfico como eje condicionador que dinamiza sus movimientos. De semejante praxis de descodificación se infiere un propósito más intuido que explicitado que se resuelve modestamente en reclamar los logros de una narración que si, para unos (como Julio Manegat), no supera en aliento literario a la primera novela de Laforet, para otros, en cambio, consagra a la autora como una novelista de pura raza, segura ya de su oficio. El autor de este libro parece alinearse al último enjuiciamiento, ya que insiste una y otra vez en el hábil manejo de ciertas técnicas introspectivas; señala el sagaz instinto fabulador de la novelista, así como la "prosa cuidada, expuesta con la sencillez que es fruto de una reputada labor de limpieza formal" (p. 72), entre otras cualidades dignas de mención. Desde luego, el linaje insular de Quevedo, su rigor académico, paralelo a su esfuerzo como hacedor de ficciones, ya que es autor de tres novelas, hacen de él un lector de excepción capaz de extraer al completo los distintos matices de *La isla y sus demonios*, aspectos que tal vez un estudioso procedente de otras latitudes –y por consiguiente menos avezado en cuestiones identitarias referentes a este archipiélago de la Macaronesia– no habría sabido captar con la misma clarividencia, o por lo menos no con la misma facilidad que un nativo.